

Este viernes 29 de junio se dará una corrida de toros a beneficio de la casa de los expósitos. Esta dicha casa necesita de la ayuda de los habitantes de Buenos Ayres, pues socorre y le da techo a centenares de niños desamparados, que de otra forma morirían, expuestos a la crueldad del clima y los peligros de la calle.

La entrada a la Plaza del Retiro vale cinco pesos. Se lidiarán siete toros si el tiempo lo permite y no se larga a llover.

CON SUPERIOR PERMISO EN BUENOS AYRES:
en la Real Imprenta de los niños expósitos, 1810.

JOAQUÍN ESTÁ CASTIGADO

Era una mosca verde. Se fregaba la cabeza y las alas con las patas, justo encima de su nariz.

Joaquín quería espantársela a los manotazos, pero no podía mover las manos. Tenía las dos ocupadas con una pila de libros cada una. Los brazos extendidos y arrodillado en maíz, esa era la postura en la que cumplía su penitencia en la sala de castigo.

Frunció la cara tratando de sacudirse la mosca. El celador que lo estaba vigilando dormía en su silla. Era la hora de la siesta y casi todo el mundo descansaba en la casa de los expósitos.

El estómago de Joaquín gruñó como si estuviera vacío. Ya había comido, pero se le había hecho poca la sopa de cebolla con menudos de pollo. Por eso se había tomado el plato de su vecino en el comedor, incluyendo su pan y su manzana, y ahora estaba castigado, con esta mosca insoportable bañándose en sus narices.

La sala de castigo tenía una sola ventana, casi pegada al techo. Parecía un ventiluz y daba al patio grande.

Fue por esa ventanita minúscula que empezaron a pasar las cosas.

Un dulce olor se filtró por ahí. Un aroma a azúcar y a leche tibia, a bizcocho tierno recién salido del horno.

«Eso sí que merece la pena», dijo el estómago de Joaquín.

Joaquín estuvo de acuerdo. Siempre le hablaban distintas partes del cuerpo y él se empeñaba en escucharlas sin importar las consecuencias. Miró al celador dormido por el rabillo del ojo y, muy lento para no despertarlo, se atrevió a bajar los brazos hasta apoyar las pilas de libros en el suelo. Enseguida se dio un cachetazo en la nariz. La mosca zafó por un milímetro y huyó zumbando por la ventana.

Joaquín se incorporó y se sacudió el maíz de las rodillas. Era un niño muy flaco, todo codos y piernas. La camisa y los calzones le quedaban chicos y estaban surcados de remiendos. Él también parecía bastante maltrecho. Su cara tenía pequeñas raspaduras y algunas pecas. Era bastante alto para sus diez años, rapado casi a cero, salvo un mechón que le cruzaba la frente y se le erizaba solo, como si tuviera vida propia.

El celador se movió sin despertarse. Joaquín esperó. Cuando vio que estaba bien dormido, apiló los libros del



castigo contra la pared y armó una especie de escalera para subirse y espiar por la ventanita.

Desde allí le llegó otra caricia de dulce olor.

«Bizcochosbizcochos», ronroneó su estómago.

Joaquín se relamió y miró el patio grande. No se veía a nadie.

Respiró profundo, dio un salto y metió los brazos y la cabeza por la estrecha ventanita. Quedó un rato trabado por los hombros, como un ratón en una ratonera, pero al fin se escabulló pataleando y atravesó la ventana.

Escapó como la mosca verde de la sala de castigo.